

UNA ESTELA DISCOIDAL EN KONZEZIO

Finalizaba el siglo XVIII (1795) con tropas francesas, consumiendo el valle: estragado por una epidemia de disentería, los expolios de los combatientes y las malas cosechas. También el invierno estaba de una dureza inusual. La guerra terminaría aquí después de la batalla de Ollaregui, abriendo el camino hacia Pamplona, con la Paz de Basilea (22 de julio). Después tuvieron que traer a San Adrian en novenario por sus dotes de zahorí celeste.

Los primeros días de febrero había caído una nevada dificultando el paso por los altos; a pesar de que todos los caminos disponían de mojones laterales de trecho en trecho, para indicar exactamente por donde iban, la nieve dificultaba seriamente los traslados. Las heladas castigaban por las noches y la temperatura en general resultaba en general muy dura.

Los animales de la sierra estaban encontrando problemas graves de subsistencia y bajaban hacia el valle: zorros, jabalíes, liebres, lobos, lince (katamotza o "tigre") y otros menores.

Los lobos estaban siendo los más perjudicados y la necesidad les obligaba a lanzar ataques contra animales domésticos; cabras, ovejas e incluso el caballar al aire. Atacaban de noche y de día, llegando un lobo a merodear al borde mismo del pueblo en Larrañondo.

Este hecho se consideró una osadía desconocida; se tomaron fuertes medidas con el ganado, y a las personas se recomendaba los desplazamientos imprescindibles con precaución; desde luego insistían en que nadie se condujera sin compañía.

Como lugar de paso. Etxarri disponía de los servicios necesarios, siendo un punto de comunicación en varias direcciones. Entre los que habían llegado se encontraban dos amigos camino de Estella. Faltaba todavía medio siglo, para que se abriera el túnel de Lizarraga; de modo que el la principal Barga por Goikobideberri. Uno de los amigos se avino a las razones que se le dieron para posponer el viaje por la nieve y los lobos. Saldría cuando el temporal amainase y pudiera salir un grupo numeroso con la misma dirección; lo difícil era atravesar la sierra de Andía.

El otro amigo se reía de la cobardía de todos; a su juicio le bastaba su paso firme y su caballo. De sus treinta años había pasado media vida a través de la geografía del país. ¿Iba ahora a echarse atrás por una simple nevada y cuento de lobos?

Vieron que su terquedad no admitía razones y le desearon suerte. Salió ufano del pueblo insistiendo en la credulidad y la poca valentía de todos. Ya les contaría a la vuelta qué tal estaba; pues, si tenía la suerte de que se le pusiera el lobo al alcance de su cuchillo, se lo pensaba merendar con patatas ese mismo día en Zumbeltz.

Por Larrañeta enfiló hacia Arkueta; pronto llegó a los 33 arcos, casi recién contruidos, en la traída del agua a Etxarri desde Amariturrieta; notó que las botas le empezaban a pesar; la capa de nieve aumentaba; caía con un silencio completo.

Si llega a mirar hacia atrás, hubiese dado vuelta; después de lo que había porfiado y de todas bravatas, tenía que seguir adelante. Podía cambiar el tiempo de un momento a otro t tenía fuerzas de sobra, ¡Que historias! Se puso a sí mismo el ejemplo de aquella magnífica obra, uno cuyos arcos le protegía; varios años habían tardado los de Etxarri en la conducción subterránea del agua a lo largo de casi tres kilómetros; estaban orgullosos de su esfuerzo y sus fatigas, veían compensada al fin.

Recuperado el ánimo, siguió el trazado de la conducción de agua; continuaba nevando de firme y el cansancio de sus piernas aumentaba de forma seria; en la fuente de Iturtxiki se tomó un respiro. Sirviéndose de las manos se echó unos sorbos, mientras miraba hacia la ermita de Konzezio; sobresalía la nevada, brindándole un refugio seguro. Aunque en aquel momento estaba casi en ruinas y dado su estado su estado de peligro la imagen se había trasladado a Zugarreta.

El pueblo quedaba lejos, la Sierra invisible y cruzarla... ni las tropas de Anibal. Tenía la nieve hasta la rodilla y cada paso le costaba un triunfo. Jamás hubiese imaginado, que menos de tres kilómetros de nevada le pudieran dejar clavado. Decididamente tenía que llegar a Konzezio; haría un poco de fuego en su cubierto adosado al Sur y esperaría. Llevaba comida bastante como para no preocuparse d momento.

Se quedaría al amparo de lo que fue antiguamente la iglesia del desaparecido pueblo de Artola.

El viento, con sus rachas de nieve, le obligaba a protegerse las manos y la cara. Tenía delante un recodo en el camino y a unos 100 metros le esperaban la ermita hospitalaria. La cabeza ladeada hacia Ergoyena y su lento caminar en aquel silencio absoluto ya ante una Sierra sobre él de 1000 metros, le convertían en un bulto oscuro y tambaleante.

Había rebasado la curva y le quedaba poco para llegar a su forzado destino.

UNA ESTELA DISCOIDAL EN KONZEZIO

A su derecha había un matorral; sin que hubiera visto huella alguna, ni observara otro movimiento, que el suyo, saltó sobre él un enorme lobo. Le cogió totalmente desprevenido; como se comprobó después, no dispuso tiempo de echar mano de su famoso cuchillo. Una dentellada asesina le partió el cuello; al desgraciado, en pocos segundos, se le fue la vida a borbotones por la garganta, destrozada por los mordiscos rabiosos, que le zarandeaban la cabeza ya inerte.

Se comió el lobo la comida que llevaba para el viaje y desapareció a Artxulo por Legarbe.

Al día siguiente, con el horizonte despejado, un numeroso grupo y entre ellos su amigo que se quedó "por falso", tomaron la misma dirección. Nada sabía de ña tragedia ocurrida, cuando llegaron al lugar del desastre; la nieve cubría parcialmente al desgraciado y pensaron que había muerto congelado al fallarle las fuerzas. Cuando lo dejaron al descubierto vieron la sangre y el desastre hecho por el lobo. Lo llevaron hasta Konzezio, dándole sepultura y colocaron una estela discoidal en el lugar exacto, donde había encontrado el infeliz la muerte.

El amigo estaba desconsolado; se echaba la culpa de lo ocurrido por no haberle acompañado; no tenía que haberle dejado salir; era una locura. Poco menos que a empujones lo apartaron de la tumba. Tenían que seguir y no podían perder más tiempo. Mientras le entregaban las pocas pertenencias del muerto le dejaron bien claro: si le hubiera acompañado, tampoco estaría vivo él; quizá con un lobo hubieran podido pero imposible con más.

De advertencia para quienes anduvieran después, en el "ilarri" grabaron esta inscripción: "Murió de fieras".

Hasta hace pocos años ha estado allí, a pie firme, la estela; hoy queda únicamente la base sobre la que estuvo asentada.